



BRIAN A. CATLOS

# REINOS DE FE

Una nueva historia de la España musulmana

Prólogo de  
EDUARDO MANZANO

Traducción de  
Alberto Canto García  
y Alberto J. Canto García



PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## INTRODUCCIÓN

La primera línea de un «choque de civilizaciones»; una incursión extraña en suelo europeo; el escenario de la Reconquista, la cruzada y la guerra santa; o una tierra de tolerancia y de convivencia entre varias religiones... la historia de la España musulmana se ha contado muchas veces y de muchas maneras. La narración suele comenzar con la llegada del comandante Tariq ibn Ziyad a las costas de la España cristiana en el año 711 y la derrota dramática que infligió a los gobernantes visigodos. Bajo el gobierno de los omeyas árabes, al-Ándalus (la España musulmana) florece. En este período, musulmanes, cristianos y judíos viven aquí en concordia, convirtiendo a al-Ándalus en una sociedad árabo-islámica cosmopolita y haciendo de Córdoba, el Ornamento del Mundo, un imán que atrajo a sabios y científicos y un modelo de ilustración cosmopolita. Poco después del año 1000, el imperio se derrumba y al-Ándalus se torna un campo de batalla en el cual los cruzados cristianos aspiran a «reconquistar» España y los beréberes puritanos persiguen a los cristianos y a los judíos. Con el triunfo de los cristianos, los musulmanes son acorralados en el reino de Granada, el último enclave del islam en España. Esta situación se mantiene hasta 1492, cuando los «Reyes Católicos», Fernando e Isabel, conquistan Granada y envían a su rey derrotado, Boabdil, al exilio, poniendo punto final a la historia de al-Ándalus y dando inicio a un período de opresión intolerante.

Lo que casi todas estas historias comparten es la presunción de que la religión subyace en el trasfondo de este asunto: que los dominios musulmanes y cristianos se enzarzaron en una pugna definida por sus identidades e ideologías religiosas. El cristianismo, el judaísmo y el islam son vistos como los protagonistas de una historia operística representada mediante una lucha que se libra sobre el escenario de los siglos. Para reforzar sus supuestas diferencias culturales, a los cristianos

y a los judíos se les representa como «europeos», mientras que a los musulmanes como los «moros» extranjeros. Es una perspectiva que invita a la nostalgia y a la moralina, y su encanto reside precisamente en sus simplificaciones melodramáticas.

Pero en cuanto que historia, tiene serias limitaciones. En primer lugar, las raíces de la España musulmana no deben buscarse en el año 711, ni siquiera en el 622, cuando Mahoma abandona La Meca, sino en el amplio mundo del Mediterráneo de la Antigüedad tardía, de imperios tambaleantes y «bárbaros» invasores. Fue una época en la cual el cristianismo, el judaísmo y el islam, cada uno de ellos con sus diferencias y sus divisiones, apenas habían comenzado los procesos graduales de autodefinición, procesos en los que se entrelazaron en gran medida. Tampoco puede fijarse el final de la España musulmana en el 1 de enero de 1492, cuando Boabdil entregó las llaves de la Alhambra a Fernando e Isabel. Cientos de miles de musulmanes permanecieron en España hasta 1614, sufriendo discriminación, conversiones forzadas y, en última instancia, la expulsión. En lo referente a la conquista musulmana de España, no fue parte de una campaña deliberada de dominación del mundo o de guerra santa. Sus causas fueron mucho más complejas y espontáneas; la conquista fue producto tanto de la oportunidad como de la ideología. Igualmente, las ideas de la Reconquista y la cruzada se desarrollaron posteriormente y solo se traían a colación cuando convenía a los intereses de las potencias cristianas. El período comprendido entre los años 711 y 1492 no fue un tiempo de incesante conflicto religioso; los musulmanes y los cristianos de la Península pasaron más tiempo en paz que en guerra, y tanto tiempo combatiendo entre sí como unos contra otros. Los gobernantes cristianos no expulsaban por sistema a los musulmanes de las tierras que conquistaban, más bien les instaban a quedarse en ellas. Y, por lo general, así lo hicieron, prefiriendo vivir en las tierras de sus antepasados como súbditos de reyes infieles.

Por lo que respecta a los moros, este término se refiere a los habitantes de Mauritania, el viejo nombre romano de una zona que los árabes llamaron al-Magreb («Occidente») y que incluye casi todo lo que hoy es Marruecos y Argelia. Los primeros cronistas latinos bautizaron a los pueblos que vivían en al-Magreb con el nombre de *mauri*, y esta palabra se convirtió en «moro» en el español vernáculo. Con el tiempo, «moro» pasó a significar «musulmán» en el español de España, si bien en inglés la palabra adquirió la connotación racial adicional del «moro»

de la época isabelina inglesa: el proscrito africano de piel oscura. El problema de utilizar «moro» o «morisco» para referirse a los musulmanes de la España medieval es que implica que estos eran extranjeros y étnicamente diferentes de la población nativa. La realidad es que los musulmanes extranjeros que llegaron a la península Ibérica fueron relativamente escasos. Al-Ándalus se islamizó a través de la conversión, y la inmensa mayoría de los conversos eran autóctonos: no eran ni más extranjeros ni menos europeos que los cristianos de España.

Obviamente, el nombre de «España» es una denominación errónea si se habla del período medieval. La nación y la cultura de la España de hoy son fenómenos modernos, no medievales. Si incluso hoy se discute la unidad que se presupone de la cultura española, en la Edad Media ni siquiera existía. Para este período es preferible decir «Españas» al referirse a los dominios gobernados por cristianos. En este libro, cuando se dice «España» se hace referencia a la península Ibérica: lo que los visigodos y sus predecesores romanos llamaron Hispania, y lo que los árabes denominaron al-Ándalus (probablemente una derivación del visigodo *landahlauts*, o «tierras heredadas»). En otras palabras, la propia utilización del término «Moorish Spain» (una invención angloamericana anacrónica) invita a una visión racial, romántica, orientalista e imprecisa de la historia de al-Ándalus y del islam en la Península; una visión que ha nutrido los malentendidos y ha alimentado las interpretaciones erróneas de este capítulo de la historia europea. La noción de «Europa» es igualmente peliaguda y se trata, asimismo, de un concepto moderno. Al igual que los musulmanes, que definían su mundo como la *dar al-islam* («la morada del islam»), los cristianos europeos se veían a sí mismos como habitantes de la «cristiandad», no de «Europa», y desde luego no se consideraban «europeos».

Es vital separar los hechos de los mitos tendenciosos y las conjeturas, pues la España musulmana no solo es un elemento importante de la historia del mundo mediterráneo, de Europa, del islam y de Occidente, sino que sigue siendo muy significativa hoy en día. Numerosos políticos y figuras públicas, junto con no pocos estudiosos, siguen percibiendo la historia de Occidente como un conflicto entre dos civilizaciones fundamentalmente incompatibles: una cristiana (o, muy recientemente, judeocristiana) y otra musulmana. Este punto de vista resulta tremendamente atractivo tanto por su simplicidad como por su carácter de autojustificación, y suele ser esgrimido por expertos y demagogos de cualquier tendencia para respaldar la agresión y la represión.

Para otros, al-Ándalus representa una visión idealizada de una ilustración premoderna que deberíamos imitar en nuestro mundo de hoy, supuestamente menos tolerante. Pero esto también es un espejismo. En la propia España los políticos de la derecha siguen apoyándose en el espíritu de la Reconquista: un fuerte mito nacional que justifica de manera oportuna la supremacía de Castilla sobre las otras regiones de la Península, al tiempo que las oficinas de turismo promueven una visión aséptica de España en cuanto que es «la tierra de las tres religiones» y de la armonía entre cristianos, musulmanes y judíos.

Existen razones de peso para enfatizar la importancia de la identidad religiosa en esta historia, empezando por el hecho bastante evidente de que nos referimos a la España musulmana como «la España musulmana». La identidad religiosa era, en muchos casos, la forma más importante que tenían las personas de concebirse a sí mismas. Designaba bajo qué sistema jurídico se situaban y, teóricamente, con quién podían contraer matrimonio o mantener relaciones sexuales, qué profesiones podían ejercer, su estatus social y económico, qué impuestos debían tributar, qué vestimentas podían llevar, qué alimentos podían consumir y toda clase de detalles del día a día. Existen numerosas fuentes históricas, tanto cristianas como musulmanas, que presentan esta historia como si se tratara de un conflicto avivado por la religión, desde las primeras crónicas latinas o árabes sobre la conquista hasta el surgimiento de la tradición de Santiago Matamoros, la Reconquista, la leyenda del Cid o el llamamiento al *yihad* por parte de varios gobernantes musulmanes. Muchas de las guerras fueron consagradas como cruzadas por los pontífices, y aquí se fundaron media docena de órdenes militares dedicadas, en principio, a luchar contra los infieles. Los musulmanes de a pie podían desempeñarse como *muyahidun*, acantonados en rábitas esparcidas a lo largo de la zona fronteriza, mientras que en la España cristiana el saqueo constituía hasta tal punto una forma de vida que los historiadores la han descrito como «una sociedad organizada para la guerra».

Sin embargo, las personas son demasiado complejas como para reducir las a meras caricaturas vivientes de sus ideologías religiosas. La identidad religiosa era solo una de las formas que tenían las personas de concebir su sitio en el mundo. También se veían a sí mismas como componentes de grupos étnicos, súbditos de reinos, habitantes de ciudades y barrios, miembros de un gremio o un colectivo, buscadores de conocimiento, consumidores y clientes, hombres y mujeres, amantes y

amigos. Estos lazos de asociación iban frecuentemente más allá de las afinidades que las personas compartían sobre la base de la orientación religiosa. Además, en una sociedad dividida formalmente por la religión, los rivales y los competidores, tanto si lo eran en el ámbito personal como en el político o en el financiero, eran generalmente miembros de la misma comunidad de fe; en consecuencia, los aliados naturales eran miembros de otros grupos. El conflicto se libraba más dentro de estas comunidades de fe que entre ellas. Así pues, estamos ante una historia plagada de episodios de solidaridad interreligiosa e interétnica; de alianzas y de amistades, ya fueran de reyes o de personas corrientes, forjadas entre distintas creencias; y de colaboraciones llevadas a cabo entre poetas, músicos, artistas, estudiosos, científicos y teólogos de distintas religiones.

Sin embargo, estas relaciones interreligiosas raramente trascienden a la narrativa histórica. Parte del problema reside en la naturaleza de nuestras fuentes. La mayoría de las escritas fueron confeccionadas por gobernantes, burócratas y hombres de religión: hombres ricos y privilegiados totalmente convencidos de que la identidad religiosa era la base de la sociedad, y con interés político y personal en presentar la historia como una lucha moral entre los seguidores de una religión verdadera (es decir, la suya) y el resto del mundo. Desde un punto de vista formal, la autoridad de los gobernantes recaía en su habilidad para presentarse como defensores legítimos del orden divino, para lo cual expresaban sus intereses en el lenguaje de la fe. En una época en la que las personas solían atribuir los sucesos del mundo a los designios de la Providencia, los acontecimientos históricos se explicaban a menudo en términos religiosos, como recompensa o castigo de Dios.

Al mismo tiempo, las crónicas y los relatos que manejan los historiadores como fuentes de información, que constituyen buena parte de la evidencia de que disponemos, fueron escritos o recopilados muchos años después de que ocurrieran los sucesos descritos, a menudo siglos más tarde. El resultado es que están distorsionados por las perspectivas, así como por los prejuicios, los ideales, los intereses, los recuerdos, las aspiraciones y las creencias de los autores. Además, los relatos no se escribían para educar o entretener, sino que eran documentos políticos destinados a apoyar las proclamas de dirigentes, de familias o de individuos al tiempo que glorificaban la memoria de sus predecesores y establecían precedentes históricos para su política. Los escritores

medievales recurrían a la exageración, la tergiversación y la ficción, ya fuera consciente o inconscientemente, cuando se disponían a describir el pasado con miras a justificar el presente.

Una de las tareas del historiador es, por tanto, valorar los sesgos y las inexactitudes que figuran en esas fuentes e intentar desvelar la realidad oculta tras las proclamas, los mitos, las leyendas, los errores de hecho, las contradicciones y las invenciones históricas cuidadosamente diseñadas que componen el registro. El objetivo es establecer por qué las personas se comportaban de tal forma y qué fuerzas eran las que moldeaban los sucesos, aun cuando los detalles no puedan establecerse nunca definitivamente. El historiador no debe determinar la culpabilidad, ni establecer la responsabilidad o el mérito ni moralizar; el objetivo no es otro que entender. De esta forma, ningún libro puede afirmar de buena fe ser la historia «definitiva», «verdadera» o «real» de la España musulmana; existen demasiados factores a tener en cuenta y demasiadas incertidumbres que oscurecen el pasado. Independientemente de lo ilustrados o autocríticos que seamos, los historiadores de hoy no somos menos vulnerables a los sesgos o a las presunciones que nuestros homólogos medievales. Nos demos cuenta o no, tendemos a escribir historias que reflejan y refuerzan nuestros propios ideales o que juegan a favor de aquellos que simpatizan con nuestras ideas.

Por lo que respecta a este libro, representa una «nueva historia» de la España musulmana en dos sentidos. En primer lugar, en vez de seguir el trillado guion del auge y la caída de al-Ándalus, me he propuesto construir una nueva narrativa desde cero y he intentado, en la medida en que la economía editorial lo ha permitido, situarme entre bambalinas y analizar las dinámicas que muchas veces resultan confusas pero que son vitales para la formación de la historia: los relatos de mujeres, esclavos, renegados y funcionarios. En segundo lugar, he sustentado este estudio en gran medida sobre la base de la ingente investigación nueva que se ha realizado en los últimos años, principalmente por especialistas de España, del norte de África y de Europa. Nuestro conocimiento sobre al-Ándalus se ha transformado gracias a nuevos estudios de textos, de arqueología y de historia del arte, si bien hay mucho material que todavía no está al alcance del lector anglófono.

Por último, está la cuestión de la fe. Tanto los dominios cristianos como los musulmanes de la España medieval se definían conscientemente por la orientación religiosa; para sus miembros, la comunidad religiosa era el primer pilar sobre el que construían su identidad social.

Mas no era el único. Y por lo que respecta a buena parte de esta historia, la mayoría de los gobernantes (y la de sus súbditos) a menudo se comportaba de forma contraria a los dictados de sus ideologías religiosas. Así que ¿hasta qué punto eran creyentes? Obviamente, la respuesta es que no eran más o menos creyentes o tenían más o menos ideales que nosotros. Eran personas abrumadas por las imperfecciones y plagadas de contradicciones, personas capaces de ser terriblemente crueles y egoístas, pero también inmensamente generosas y altruistas, capaces de racionalizar esas imperfecciones y contradicciones en su propio beneficio; eran, en última instancia, prisioneras de sus cuerpos, sus ambiciones, sus vanidades y sus apetitos. Eran, en definitiva, como nosotros y esto es lo que hace que merezca la pena leer hoy esta historia.



## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Eduardo Manzano . . . . .	11
<i>Una nota sobre los nombres, los lugares y las fechas</i> . . . . .	19
<i>Introducción</i> . . . . .	23
<i>Preludio: El comienzo del islam y el final de la Antigüedad</i> . . . . .	31

### PRIMERA PARTE LA CONQUISTA 700-820

1. Una apertura . . . . .	43
2. Problemas en el paraíso . . . . .	55
3. El halcón de los Quraysh . . . . .	67
4. Un nuevo emirato . . . . .	81

### SEGUNDA PARTE LA TRANSFORMACIÓN 820-929

5. El emirato en la periferia . . . . .	95
6. La invención de al-Ándalus . . . . .	107
7. Santos y pecadores . . . . .	121
8. Reinos de fe . . . . .	133

TERCERA PARTE  
EL TRIUNFO

929-1030

9. El sol que salió por Occidente . . . . .	149
10. La Ciudad Resplandeciente . . . . .	159
11. Todos los hombres del califa . . . . .	167
12. Un ornamento brillante . . . . .	179
13. El general, el califa, su esposa y su amante . . . . .	193
14. El <i>hayib</i> , victorioso . . . . .	203
15. La caída de la casa de Umayya . . . . .	215

CUARTA PARTE  
EL DESCONCIERTO

1030-1220

16. En busca del tiempo perdido . . . . .	229
17. El retorno del rey . . . . .	241
18. Un soldado de fortuna en el reino de la filosofía . . . . .	255
19. Una espada terrible y veloz . . . . .	271
20. Fe y poder . . . . .	283
21. Un califato africano . . . . .	291
22. Una edad dorada . . . . .	303

QUINTA PARTE  
EL ROMANCE

1220-1482

23. El gran juego . . . . .	319
24. La media luna bajo la cruz . . . . .	333
25. La perla en el collar . . . . .	349
26. Próspero por Dios . . . . .	363
27. Cuentos de la Alhambra . . . . .	379

SEXTA PARTE  
 LOS FRAGMENTOS  
 1482-1614

28. Un último suspiro .....	399
29. La Virgen y el velo .....	415
30. En el camino con Ricote .....	429
<i>Epílogo: Al-Ándalus a la deriva</i> .....	443
<i>Agradecimientos</i> .....	449
<i>Emires y califas omeyas de Córdoba</i> .....	451
<i>Sultanes nazaríes y personas destacadas</i> .....	453
<i>Notas</i> .....	457
<i>Obras citadas</i> .....	463
<i>Glosario</i> .....	471
<i>Índice alfabético</i> .....	479